



ERNESTO SÁBATO: EL ESCRITOR Y SUS PROBLEMAS

Francisco Javier Hernández Quezada

Universidad Autónoma de Baja California
Tijuana, México

Sería falso afirmar que *Hombres y engranajes* es un texto despersonalizado y *frío*, en el que Ernesto Sábato se distancia de lo que describe y, por ende, reflexiona. Concretamente hablando, y asumiendo que estamos ante un libro *totalizador*, de alcances diversos, *Hombres y engranajes* es un testimonio “*espiritual*”, un alegato profuso, cuyos pasajes diversos reflejan el debate que el autor de *El túnel* (1948) mantiene con un *ser* fantasmal: el “*Uno-Mismo*” —huelga decir: con un *ser* atormentado que lo impulsó (en su momento) a *embarcarse* hacia “tierras lejanas”, indagar en la “*naturaleza*” humana y *ansiar* (sobre todo esto) “*el conocimiento de los hombres*” (Sábato, 2000: 9).¹ De igual manera, el texto es un *diario* axiomático donde Sábato reflexiona sobre aquellos temas que explican el “*derrumbe de la civilización occidental*” (9) y afectan, en consecuencia, el desarrollo integral de los individuos y sus instituciones. Así, digamos que en la historia reciente de la literatura de ideas escrita en Latinoamérica *Hombres y engranajes* es uno de esos libros sugerentes que si bien no arguyen soluciones peregrinas respecto a los problemas imperantes (la contaminación, la crisis del estado de bienestar, la guerra...), sí manifiestan explicaciones críticas relativas al avance tecnológico, la cosificación social o el afán de lucro. En el mejor de los casos, apuntemos que su análisis manifiesta una visión desencantada de la modernidad, la misma que evidencia la postura personal de un escritor que, de acuerdo con José Miguel Oviedo, echa mano—consciente y sistemáticamente—de las “ideas existencialistas” para explorar los “asuntos que le preocupan” y los cuales están, mal que bien, relacionados con “la libertad, el mal, la rebeldía a la



abstracción deshumanizadora de la norma social, el lado oscuro de la vida, la huella psicológica de nuestros actos” (Oviedo 118-119).

Dicho lo anterior, es de entenderse el porqué Sábato, a lo largo del ensayo, analiza el papel del arte en el mundo contemporáneo, asumiendo que toda manifestación estética cumple, o debe cumplir, una función social que nada tiene que ver con la del panfleto o la del libelo ideológico. En efecto, al abordar este tema Sábato admite que en su concepción se impone aquel tipo de expresión creativa que engloba la fatalidad del hombre y la presenta en cuanto tal, esto es: manifestando el incesante, y cambiante, flujo de la existencia y dejando entrever, en ocasiones, que los seres humanos se encuentran solos, inmersos en la gestión (¿dolorosa?) de sus problemas. En términos concretos, se puede sugerir pues que Sábato subraya la legitimidad de ese arte *desbocado* en el que el tiempo de la crisis (“el caos que [nos] rodea”) se explicita con toda su rudeza y furor, tal como si el escritor quisiera insistir, en más de un sentido, en la urgente necesidad de que aparezca un tipo de literatura *problemática* que indague en el mundo interior del yo y potencie sus significados.² En tal dirección, y considerando que en esta propuesta va implícita la visión de un “intelectual comprometido, ajeno a la frivolidad, que piensa el oficio de escribir como una práctica emergente de lo íntimo de su subjetividad” (Calabrese 2-3), apuntemos que Sábato se da a la tarea de conformar los principios de una literatura metafísica que profundiza en la realidad interior del sujeto; cabe insistir, en una literatura compleja que cuestiona el criterio objetivo y racional —propio del cientificismo imperante— para resumir lo opuesto: es decir, el caos, la sinrazón y la locura de quien pierde —de súbito, y para siempre— la seguridad de los valores, ese “*todo puede hacerse*” cuyas “armas” son “el oro y la inteligencia” (Sábato 83). Conviene subrayar, por ende, que el planteamiento de Sábato legitima el ejercicio de una literatura *liberadora* en la que se evidencie la ansiedad más entrañable y misteriosa del hombre. Una literatura de la crisis, mediante la que el sujeto reivindique la totalidad de su experiencia y, como ha asegurado Juan Antonio Rosado Z., *rescate* al “hombre



fragmentado, a quien se le ha suprimido todo vestigio de pensamiento mágico o mítico, que antes daba sentido a su vida” (89).

Por tal razón, se comprende el hecho de que la primera parte de *Hombres y engranajes* analice algunas de las claves del Renacimiento: periodo histórico en el que se da el despertar del hombre laico y se gestan una serie de factores importantes para su desarrollo, como lo fueron, por ejemplo, la crisis del poder musulmán, la estabilidad de las ciudades europeas y el restablecimiento de las rutas comerciales en el Mediterráneo. Estos factores, insiste Sábato, posibilitaron la aparición de una realidad distinta, en la que la razón y el dinero se convirtieron en fundamentos rectores de la sociedad occidental al acabar con la lógica estructural de la iglesia y de la feudalidad, y al dar pie, como corolario, al “resurgimiento mercantil de Europa” (Sábato 20). De igual modo, Sábato se detiene en las implicaciones económicas y científicas que el Renacimiento tuvo en el avance futuro de la humanidad, asumiendo que gracias a los cambios sociales que este periodo cultural trajo consigo, a partir del siglo XVI, el hombre formó parte de una realidad contrita en la que la “cantidad” vino a ser el principio de todo. Mundo cuantitativo, cuyo fundamento se creó expresamente en las ciudades, esos lugares en los que se desarrolló una sociedad más “dinámica, liberal y temporal”; asimismo, mundo regido por nuevas divinidades en donde “el diablo” del cientificismo decretó la muerte de la metafísica en el momento de generalizar “la mentalidad utilitaria” y el sentido de la “proporción”: el Renacimiento es pues, y de acuerdo con Sábato, el punto de partida de la Modernidad, huelga insistir: un momento histórico en el que el sujeto tiene la habilidad de controlar las “fuerzas que gobiernan al mundo” debido a que se ha convertido en “el dios de la tierra” (21).

Por lo demás, tal confianza arrogante vino a generar un tipo de sujeto alienado; sujeto que, al sucumbir ante los fetiches de la Modernidad, se alejó del ámbito privado —y, sin duda, ineludible— del mundo espiritual. Consecuentemente la ciencia —o mejor dicho: el engranaje que permite avivar un



saber concreto y utilitario, enlazado con el poder— será el emblema substancial de una mentalidad cada vez más rígida, la cual denegará los temores y miedos antiguos.

El capitalismo moderno y la ciencia positiva son las dos caras de una misma realidad desposeída de atributos concretos, de una abstracta fantasmagoría de la que también forma parte el hombre, pero no ya el hombre concreto e individual sino el hombre-masa, ese extraño ser todavía con aspecto humano, con ojos y llanto, voz y emociones, pero en verdad engranaje de una gigantesca maquinaria anónima (Sábato 17-18).

Con tal reflexión, Sábato expresa su opinión respecto al papel que la literatura debe cumplir, en el sentido de entender que toda propuesta artística *verdadera* jamás plantea otra cosa sino la reivindicación cabal del individuo; entiéndase, la reivindicación cabal de lo que plantea cuando se desenvuelve libremente y desatiende las limitaciones impuestas por la razón, al tiempo que se da a la tarea de buscar el “Absoluto” (Rosado 90). Baste luego considerar, en ese sentido, la lógica estética impulsada por los románticos —creadores modernos “tenidos por locos o cubiertos de ridículo” (Sábato, 2000: 57) — para asimilar que la literatura siempre ha sido el resultado de una oposición conflictiva que surge cuando el sujeto expresa su diferencia y la sociedad lo frena, o intenta frenar, por diferentes medios. El Romanticismo, en consecuencia, es una tradición literaria-artística en la que Sábato descubre no sólo la inventiva del yo sino también esa capacidad crítica que a los sujetos, en general, les facilita indagar en su propia naturaleza y descubrir el verdadero sentido de la existencia.

El escritor del siglo XIX aún vivía en la euforia de una civilización arrogante. Los triunfos seculares del hombre, la seguridad en el porvenir, lo incitaban a una literatura optimista y fácil y, en otros casos, a un esteticismo preciosista. Pero el derrumbe de todos los mitos burgueses nos enfrentó a una realidad dramática que exigió del escritor una actitud menos frívola y mundana, una voluntad de



purificación metafísica más que de simple belleza. Nuestros dioses no son más los dioses luminosos del Olimpo, que alumbraron al artista desde el Renacimiento: son los dioses oscuros y crueles que presiden el derrumbe de una civilización (78).

Desde esta perspectiva, concebida como una disposición para captar el “Absoluto”, Sábato considera que la literatura *seria* brinda una imagen contundente de los seres humanos, una imagen contradictoria, principalmente al denegar el discurso objetivo de la razón. De modo que la novela que propone, o por lo menos a la que él aspira, debe estar por encima de las pretensiones lógicas del realismo literario o de cualquier supuesto filosófico, ya que lo fundamental, en este caso, es indagar en los estratos más profundos de la conciencia individual.

Sábato apunta a este respecto que:

No basta con reivindicar la irracional. Ni siquiera es indicio siempre favorable, ya que también los nazis lo han hecho ¡y en qué escala! Es necesario comprender que el hombre no es sólo irracionalidad, sino también racionalidad; que no solamente es instinto, sino también espíritu (86).

Antepuesto lo anterior, el texto sintetiza algunas ideas que se relacionan con la expresión artística en general, considerando el hecho de que se trata de un fenómeno que impulsa los alcances de la sensibilidad humana, justamente cuando libera las fobias y obsesiones existentes en el espacio de lo social. Y es que la imagen del hombre, de su compleja situación, es finalmente lo que Sábato busca; un arte como conocimiento y dolor, un arte que al momento de referir los criterios de la subjetividad resume el caos individual. Es por esto que el escritor, cuando aborda el “arte de la crisis”, se aleja totalmente de aquella concepción conservadora, de talante orteguiana, que postulaba la idea de que la literatura se encontraba en franca decadencia, y por ende había que imponerle restricciones para su desarrollo e impulsión. (El autor de *La rebelión de las masas* decía tajantemente que “el novelista ha de intentar [...] anestesiarlos para la realidad,



dejando al lector recluso en la hipnosis de una existencia virtual” [Ortega y Gasset 201].)

Creemos que *Hombres y engranajes* expresa de manera bastante obvia las ideas literarias del escritor argentino. Empero, creemos también que el ensayo es algo más que un simple texto que evidencie las concepciones estéticas de uno de los intelectuales latinoamericanos más importantes del siglo pasado; *Hombres y engranajes* es luego uno de esos trabajos que rebasan la barrera natural del pensamiento especulativo, para situarse en otro estadio más complejo donde la problemática humana se describe con todas sus virtudes y tragedias, y donde, en principio, se busca entender las implicaciones negativas del “dogma del Progreso General e Ilimitado”, de la “doctrina del *better-and-bigger*” (Sábato 45). De tal suerte, el escritor profundiza en aspectos varios que van desde la idea de enaltecer al artista como símbolo de rebeldía, hasta el planteamiento de que el público lector pueda despertar de su aletargamiento histórico mediante el acercamiento a aquellas obras literarias que, como las suyas, expresen la anormalidad propia del espíritu humano. En resumidas cuentas, la idea que Sábato persigue en su arte narrativo, y que en este ensayo queda perfectamente expresada, es la de que toda reacción violenta frente a los principios de la civilización burguesa siempre es positiva. Debido en fin a que el artista es un provocador, la obra está predestinada a violentar las imágenes fijas de la sociedad.

La siguiente cita lo dice todo:

La literatura de hoy no se propone la belleza como fin —que además la logre es otra cosa—. Es más bien un intento de profundizar en el sentido de la existencia, una encarnizada tentativa de llegar hasta el fondo del problema. Este deseo de autenticidad que en algunos hombres como Antonin Artaud llegó hasta la ferocidad y la locura, es el que echa abajo el sentimentalismo convencional y falso que plagaba la literatura anterior a Dostoievsky, esa literatura en que los hombres eran buenos o malos, héroes o cobardes, nobles o villanos. Desde Dostoievsky nos fuimos acostumbrando a la contradicción y a la impureza, que caracterizan a la condición humana: sabemos ya



que detrás de las más nobles apariencias pueden ocultarse las más villanas pasiones, que el héroe y el cobarde son a menudo la misma persona, como asimismo el santo y el pecador. Por primera vez los niños pueden tener malos instintos y sentimientos tortuosos (79-80).

El planteamiento literario de Sábato colige los riesgos de la individualidad artística, la cual tiene como consigna no sólo el rebelarse contra la trivialidad que supone el realismo burgués, sino también contra los supuestos autárquicos que la ciencia, la moral o la política justifican. De ahí, pensamos, que ponga tanto énfasis en denostar los criterios del proyecto moderno: proyecto que, desde su perspectiva, implica la defeción del verdadero sentir de la humanidad.

Hombres y engranajes es un ensayo atterradoramente lúcido, en el que el argentino nos habla de las características de una literatura que prioriza la expresión de la complejidad del sujeto interior y el registro del derrumbe de nuestra civilización. Cuestionamiento de principio a fin, sin duda: el texto expresa las preocupaciones de un escritor para el que la literatura es una especie de laboratorio virtual en donde los individuos observan su verdadera imagen. En pocas palabras, este ensayo revela la importancia del arte novelístico en un tiempo como el nuestro, sobre todo al resaltar cómo se aleja de la superficialidad recurrente y cómo expresa nuestra problemática y ambigüedad. (Más que ninguna otra forma de conocimiento, la novela sabatiana es la concreción de un discurso profundo, cuyo principal objetivo es dar cuenta de la crisis de esta civilización. Crisis que es también una posibilidad, un punto de partida para comprender la naturaleza siempre inestable del yo.)

Resumiendo, *Hombres y engranajes* es un ensayo personal que versa sobre los alcances de una poética: aquella que se rebela contra normalidad y el pragmatismo, y que presta a reconocer sus propias fallas, y las de las demás, indaga en la naturaleza de la creación, en el deber ser de un ejercicio responsable que 1) vocifera las visiones del “Uno-Mismo” y 2) las promueve para entender, decíamos al principio de este texto, “el derrumbe de la sociedad occidental”. Por lo demás, nos parece interesante tener presente el alcance de esta reflexión en



términos de que, por un lado, el escritor aclara la lógica de su proceso de creación, y, por otro, asume una postura crítica ante el momento histórico que le toca vivir y lo obliga, cabalmente, a entender *un* deber ser del hecho artístico; conviene repetir: *un* deber ser que se apega los sentidos de la creación, pero al mismo tiempo que se abre al mundo, a las problemáticas que se gestan y obligan a cualquiera a ampliar el marco de la percepción.

Hombres y engranajes, visto de tal modo, es un diario creativo, que declara los principios de esa estética violenta, profunda y pertinaz, cuyos criterios precisos solventan el desarrollo de una poética existencial —poética, para el caso, irresoluble, consciente de su lugar histórico y contraria a ese radicalismo positivista que, como afirmaban Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, aísla la emoción del yo de “toda forma de conocimiento” (Adorno y Horkheimer, 1998: 138).

Con base en estas consideraciones respecto al alcance del arte novelístico, y con el objeto de indicar y comprender los problemas de la sociedad, es notorio que Sábato pertenece a esa nómina de escritores hispanoamericanos interesados en analizar las contradicciones de la condición humana, partiendo de la idea de que el arte es un medio expresivo que jamás ofrece soluciones, y sin embargo gracias a él —y a lo que propone— es factible percibir la naturaleza de los conflictos y sus afectaciones en la vida de los sujetos, tanto a nivel individual como social. Por otro lado, y regresando a las valoraciones que el escritor hace del fenómeno histórico en el mundo occidental (siempre bajo la perspectiva de un humanismo crítico, que señala, en el fondo, las desviaciones del proyecto racional), es de señalarse que Sábato esgrime un discurso fustigador (por nombrarlo de alguna manera), que principalmente cuestiona las consecuencias del desarrollo moderno y sus altos costos en el bienestar de la sociedad. Semejante noción del estado de las cosas, que también expone en otras obras de carácter ensayístico (por ejemplo, *Heterodoxias*, de 1953), en todo caso favorece la concepción de una autor que está lejos de sacrificar la vocación artística de la



obra, y no obstante sabe que ésta, al resultar de la creatividad del yo, se relaciona con el mundo exterior, con sus problemáticas y misterios.

© **Francisco Javier Hernández Quezada**

.

Notas

¹ Sin duda el escritor alude, en la “justificación” del texto, a sus viajes a Moscú, Bruselas y París, ciudad donde realizó trabajos de investigación sobre radiaciones atómicas en el laboratorio Curie, y donde entró en contacto con diversos artistas de la vanguardia surrealista. Sábato: “En 1938 trabajaba en el Laboratorio Curie, de París. Me da risa y asco contra mí mismo cuando me recuerdo entre electrómetros, soportando todavía la estrechez espiritual y la vanidad de aquellos científicos, vanidad tanto más despreciable porque se revestía siempre de frases sobre la Humanidad, el Progreso y otros fetiches abstractos por el estilo; mientras se aproximaba la guerra, en la que esa Ciencia, que según esos señores, había venido para liberar al hombre de todos sus males físicos y metafísicos, iba a ser el instrumento de la matanza mecanizada” (10).

² En una de las entrevistas recopiladas por Julia Constenla de su libro *Medio siglo con Sábato*, el escritor argentino alude a esta cuestión al hablar de los “peligros de la literatura esteticista”: “Nuestra época, como toda época de crisis, exige una literatura profunda y desgarrada, hecha con sangre como Nietzsche exigía. El juego, aunque pueda constituir una legítima actividad del espíritu humano, no es su actividad más trascendente. En todo caso, nunca puede constituir la base de una gran literatura. Ni Shakespeare, ni Dostoievski, ni Thomas Hardy, ni Faulkner han jugado en sus obras cumbres. Esto no significa que la literatura-juego ha de oponérsele necesariamente una literatura que plantee problemas políticos y sociales. El dilema literatura lúdica-literatura social es un falso dilema y un sofisma de tercero excluido. A la literatura-juego hay que oponer una literatura profunda, entendiendo por tal aquella que constituye un examen a fondo de la condición del hombre en cada época, y, por tanto, de sus dilemas últimos. Dilemas, en última instancia de índole metafísica” (Constela, 2000: 40).

³ Según José Ortega y Gasset, “la razón por la cual nace muerta” una novela “lastrada con intenciones trascendentales” es por que esta actividad es de “naturaleza tal que no [puede] ejercitarse ficticiamente, sino que sólo [funciona referida] al horizonte efectivo de cada individuo” (201).

Referencias bibliográficas

Adorno, Theodor W. y Horkheimer, Max. *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Valladolid: Editorial Trotta, 1998.



Calabrese, Elisa. "Un ejercicio crítico de provocación o el regreso de una lectura".

Anclajes XV.1 (2011), julio.

[http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-46692011000100002&script=sci_ar
ttext](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-46692011000100002&script=sci_ar
ttext)

Constenla, Julia. *Medio siglo con Sábato. Entrevistas*. Argentina: Javier Vergara
Editor, 2000.

Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela*. Madrid:
Espasa-Calpe, 1985.

Oviedo, José Miguel. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid:
Alianza Editorial, 1991.

Rosado Z., Juan Antonio. "Ernesto Sábato y la búsqueda de lo absoluto", *Signos
literarios y lingüísticos* I.1 (1999), junio.

[http://148.206.53.230/revistasuam/signosliterariosylinguisticos/viewarticle.php?id=
6](http://148.206.53.230/revistasuam/signosliterariosylinguisticos/viewarticle.php?id=
6)

Sábato, Ernesto. *Hombres y engranajes. Heterodoxia*. Madrid: Alianza Editorial,
2000.